

ALFILERES DE CRISTAL (Berenice, 2013)

22 de septiembre, 2005

No podía más. Tal vez debería haber acudido a un psicólogo o a un psiquiatra (¿quizá, incluso, a un amigo...?), pero ninguno de ellos habría servido de antídoto contra el veneno que contaminaba sus vísceras, emponzoñándolas día tras día, minuto a minuto, desde que tenía uso de razón. Era algo más subjetivo que objetivo, mental que físico, y contra esa descomposición lenta, de tantos años, poco podían los demás. No había, pues, otro remedio, a pesar de que la alternativa era seguramente cosa de muy pocos meses; pero ¿cómo evitar lo que estaba a punto de producirse? Si le dejaba capacidad de reacción las consecuencias sería fatídicas, y no iba a permitirlo. Ya había padecido demasiadas humillaciones a lo largo de su vida. Llevaba demasiado tiempo cargando con su particular cruz (cada vez más pesada), y no podía tolerar que unos recién llegados se le equipararan por arte de birlibirloque, como si acumularan los mismos méritos o hubiera algo en su currículo personal que lo justificase. Muerto el perro, acabaría, al fin, su rabia; o, por lo menos, encontraría la paz. Su plan era perfecto. Nadie lo notaría, y quizás entonces volvería la normalidad, recuperaría de una vez por todas el puesto que siempre debió tener y nunca tuvo, hallaría definitivamente la serenidad y el equilibrio emocional.

No había sido fácil; no tanto porque resultara complicado sustraer la medicación, como por el hecho de dominar sus nervios. Se tenía por una persona templada, de temperamento frío, incluso calculador, pero en esta ocasión, quizás por lo irreversible del objetivo que perseguía, por su terrible trascendencia moral, le parecía que llevaba escritas sus intenciones en los ojos, y le provocaba terror que los demás pudieran leerlas. Pese a todo, logró armarse de valor y hacerse con las ampollas de forma natural, como quien necesita con urgencia una gasa o un poco de alcohol para restañar una hemorragia inoportuna y se sirve directamente de ellos al no encontrar a una enfermera disponible. ¡Menos mal que no se había topado con ningún conocido!; porque después de tanto tiempo la clínica era casi su segunda casa y andaba por los pasillos saludando a diestro y siniestro. Esto le daba, en cualquier caso, un cierto carácter franco que venía bien a sus fines. Por si acaso, tenía preparada una explicación que se le antojaba convincente, pero mejor no haberse visto en el brete.

Con haber sido quizás lo más arriesgado, sus peripecias en el hospital parecían un juego de niños si lo comparaba con lo que seguía. No tenía demasiada experiencia con jeringuillas, bolsas de suero y otros útiles médicos, y le daba miedo fastidiar las cosas a última hora, pinchándose, reventando alguno de los recipientes, o equivocando la dosis. Maniobraba casi a oscuras, y eso lo hacía aún más complicado. Por otra parte, podía aparecer alguien, o despertarse la enferma, y entonces sí que le hubiera sido difícil explicar su presencia inesperada en el dormitorio, manipulando de forma extraña e inusual un material tan delicado y trascendente a aquella hora.

Con sumo cuidado, abrió la vitrina donde se guardaban, ordenadamente, las bolsas de suero, y tomó una de ellas como si pudiera quebrarse en mil pedazos. Estaban clasificadas por días, tres por cada uno de los siete estantes del mueble, dado que se le administraban cada ocho horas, con suministro renovado los lunes de cada semana. Debía, en consecuencia, poner especial cuidado en elegir la fecha y el momento en los que quería que se produjera la muerte. Muchos flecos en realidad, para aquella ansiedad suya que se empeñaba en robarle el aire, para el temblor desconocido que dominaba sus manos, presas coyunturales del mal de Parkinson. Sin embargo, había llegado

demasiado lejos para recular en el último minuto por un miedo irracional que se contradecía abiertamente con su determinación y su resentimiento. Debía sólo mantener la calma unos segundos más, muy pocos ya, en realidad, y sus problemas quedarían resueltos de una vez para siempre.

Lo primero fue clavar la aguja en la embocadura de la bolsa de suero y extraer parte de su contenido; ni más ni menos de lo necesario. No debía notarse alteración alguna en el que era su nivel habitual. Después, procurando aferrar la primera de las ampollas con toda la fuerza de su mano izquierda (si se le caía, la dosis quedaría incompleta, y podía no provocar el efecto deseado), tomó una nueva jeringuilla con la derecha y la clavó en el tapón de goma aspirando la solución acuosa que llenaba el bote sólo hasta la mitad. No podía ser tan difícil. Tras un par de intentos fallidos (hubo de vaciar la jeringuilla porque cogía aire), desprendió la delgadísima aguja y la separó de su carcasa. A continuación aplicó ésta sobre la otra que había dejado clavada en la bolsa de suero y vació el líquido en el interior del recipiente plástico, que, tras agotar diez ampollas, recuperó su nivel y su aspecto iniciales. Nadie habría podido descubrir que contenía algo más que suero, a no ser que fuera sometida a un análisis químico, y esta posibilidad ni siquiera debía ser contemplada.

Tras colocar de nuevo la bolsa en el orden que le interesaba y guardar en un saquito acolchado los restos de la operación, miró a la enferma sin que asomara a sus ojos el menor atisbo de compasión, casi despidiéndose de ella, y abandonó la estancia sigilosamente, tal como había entrado.

Eran las dos de la madrugada del día veintidós de septiembre de dos mil cinco y, si todo salía conforme a lo previsto, su angustia y su inquina tenían por fin, como aquellos botes que rompería y enterraría después de limpiar cuidadosamente sus huellas en muy diversos lugares separados por kilómetros de distancia, fecha de caducidad.

Desiderio Vaquerizo Gil